

A

CINCO



R. 864.6
218c

MAS EN

BUSCA

DE UN

PENSADOR

y Quien sabe Tal vez A mí que me importa Ydiay Quien s
vez A mí que me importa Ydiay Quien sabe Tal vez A mí q
nporta Ydiay Quien sabe Tal vez A mí que me importa Yd
n sabe A mí que me importa Ydiay Quien sabe Tal vez A
ne importa Ydiay Quien sabe Tal vez A mí que me importa
Quien sabe Tal vez A mí que me importa Ydiay Quien sab
que me importa Ydiay Quien sabe Tal vez A mí que me im
diay Quien sabe Tal vez A mí que me importa Ydiay Quie
al vez A mí que me importa Ydiay Quien sabe Tal vez A
nporta Ydiay Quien sabe Tal vez A mí que me importa Yd
n sabe Tal vez A mí que me importa Ydiay Quien sabe Ta
que me importa Ydiay Quien sabe Tal vez A mí que me im
y Quien sabe Tal vez A mí que me importa Ydiay Quien s
vez A mí que me importa Ydiay Quien sabe Tal vez A mí c
nporta Ydiay Quien sabe Tal vez A mí que me importa Yd
n sabe Tal vez A mí que me importa Ydiay Quien sabe Ta
A mí que me importa Ydiay Quien sabe Tal vez A mí que m
Ydiay Quien sabe Tal vez A mí que me importa Ydiay C
Tal vez A mí que me importa Ydiay Quien sabe Tal vez A
ne importa Ydiay Quien sabe Tal vez A mí que me importa
y Quien sabe Tal vez A mí que me importa Ydiay Quien s
vez A mí que me importa Ydiay Quien sabe Tal vez A mí c
rta Ydiay Quien sabe Tal vez A mí que me importa Ydiay
Tal vez A mí que me importa Ydiay Quien sabe Tal vez A
me importa Ydiay Quien sabe A mí que me importa Ydiay
Tal vez A mí que me importa Ydiay Quien sabe Tal vez A
nporta Ydiay Quien sabe Tal vez A mí que me importa Yd
n sabe Tal vez A mí que me importa Ydiay Quien sabe Tal
que me importa Ydiay Quien sabe Tal vez A mí que me im
y Quien sabe Tal vez A mí que me importa Ydiay Quien

CINCO TEMAS EN BUSCA
DE UN PENSADOR



N 2180
CINCO TEMAS EN BUSCA DE UN PENSADOR
PRIMERA EDICION, 1967.

(C) CARMEN NARANJO COTO.

(C) Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes,
para esta edicion

Composición tipográfica
Textos MEOÑO S. A.
Cubiertas de Alan Castro.

31723.0.2

18 SET. 1981



Impreso en Costa Rica. Hecho el depósito de ley.



Imprenta Nacional
MINISTERIO DE GOBERNACION
San José, Costa Rica





Pág.

INTRODUCCION.....	11
AHI VAMOS.....	19
QUE LE VAMOS A HACER.....	37
A MI QUE ME IMPORTA.....	57
DE POR SI.....	77
IDIAY.....	95
FINAL.....	113
I.....	117
II.....	123
III.....	129

INTRODUCCION

“Frasas! Frases! Como si ante un hecho que no se explica, ante un mal que nos consume, no fuera un consuelo encontrar una frase que no dice nada, pero que nos devuelva la paz!”

(“SEIS PERSONAJES EN BUSCA DE UN AUTOR”, de Luigi Pirandello).

“Entre los griegos, todo dependía del pueblo, y el pueblo dependía de la palabra”.

(“CARTA A LA ACADEMIA IV”, de Fenelón)

“Cada frase es el gesto vivo merced al cual una sensación única . . . no es un gesto gratuito”.

(“LAS FRUTAS DE ORO” de Nathalie Sarraute)



A veces ocurre que los temas salen en busca de un pensador, porque falta en el ambiente alguien que pondere las cosas más triviales, que a la vez son las más profundas. Los países sin pensadores tienen una serie de ideas desordenadas, que no llegan a plasmarse en pensamientos, no pasan del plano de meras expresiones, acaban por convertirse en voces desarraigadas, en oraciones simples como los gestos, en sustitutos orales de un encogimiento de hombros o de cualquier otro ademán. Ya no se ven, ni siquiera se piensa que tengan algún significado, son parte de la costumbre que no se penetra, que es algo por ella misma como un globo cerrado y sólo admite desinflarse, dejar de ser globo o sea dejar de ser costumbre.

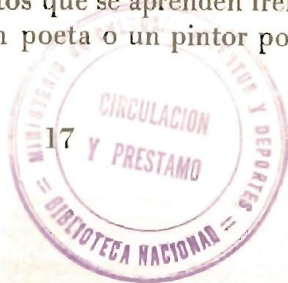
Pero, en esas expresiones, en esas modalidades del decir, hay un fondo que debe escarbar-

se, porque es imposible seguir viviendo en la inercia de hablar por medio de ruidos y negar las actitudes pensantes que existen detrás de las voces. No tiene importancia que el pensamiento sustentador de los temas pertenezca a una colectividad o a un individuo. La idea en su origen fue siempre de alguien determinado y el eco atractivo que posee la hizo proyectarse hacia otros, repetirse en diferentes oportunidades, perder el sentido de propiedad y pasar al dominio de la masa, que es similar al despojo del motivo o del principio generador, para confundirse en el volumen espeso de lo corriente. Es difícil comprender que lo carente de individualidad es casi impenetrable, ha perdido las raíces justificadas en la reacción natural de un hombre frente a un estímulo, las huellas de los gestos que no se encuentran en los espejos y sin embargo frente a ellos se aprendieron. Cuando las masas, sin profundizar el origen, repiten lo que un día alguien sí pensó, han adoptado un sonido tan legítimo como tal, que la profundidad brilla semejante al reflejo de un rayo de luz en un vaso de agua.

Las cosas no son fácilmente obvias, tienen por lo general un movimiento, una vibración, un modo de ser reversible, una tendencia a perderse aun más, a enmascarar con más oscu-

ridad el pensamiento que existió en un principio. Esto sucede cuando un individuo vuelve a usar la expresión, consciente de que tiene un significado para él, de que ampara un estado de ánimo y de que está de acuerdo con una forma de actuar, o sea que se produce esa casi milagrosa identificación entre expresar y ser, o por lo menos entre expresar y estar. La expresión ha recuperado su raíz, ha dejado de flotar en el aire de los sonidos. Pero, vuelve la voz general a invadir, vuelve el aire a arrebatarse la raíz, vuelve a flotar en la brisa de la costumbre y del inconsciente decir.

Ahora buscan cinco temas a un pensador para que ahonde sus raíces en la tierra del pensar y las voces, todas las voces, las claras y ligeras o las apasionadas y violentas o las dudosas y angustiadas o las firmes y agudas, encuentren cierta razón, aunque sea muy relativa y limitada, al sonido incerte de su repetición. Y, ese pensador es una incógnita porque sólo puede estar pretendiendo en este ensayo encontrar al verdadero, al que pueda calificar con propiedad la intención fugaz del decir. Quizás también en el fondo de un espejo quede algo de los gestos que se aprenden frente a él, y algún día un poeta o un pintor podrán descifrarlos.



Al pensador que busca estos temas, va dedicado este ensayo.

AHI VAMOS . . .



"...y toda frase hecha significó alguna vez, algo estrechamente relacionado con alguna experiencia humana".

("TODA PASION CONCLUIDA" de Victoria Sackeville-West)





Un hombre pregunta a otro: *Qué tal?* Una pregunta elíptica, individual, directa, hecha viendo a los ojos y esperando el movimiento de la respuesta, casi adivinando cuál será, porque la pregunta está en parte contestada en la lectura de los rasgos y en el registro de las impresiones. En el intermedio de la pregunta, un intermedio instantáneo, se sabe ya la respuesta dentro de un pensamiento oculto por prudencia, por cortesía, por respeto, por simple pereza o porque es costumbre esconder algo de lo que se está pensando. El otro contesta: *“ahí vamos”*. No dice *“ahí voy”*. Tampoco *“aquí voy”*. Proyecta en un punto lejano, sin señalar, la ubicación de su camino. Un punto impreciso; porque no es el aquí, en donde está. Es algo que sin ser muy lejano, tampoco pertenece a su presente circunstancial. Definitivamente está ajeno al momento.

"*Ahí vamos*". Vamos porque no se anda solo y el hombre más abandonado responde vamos, porque incluye a su soledad como compañía o porque esa soledad no existe y cada uno vive desdoblado en el usted y el yo, un poco similar al lenguaje de los locos, quienes ventajosamente se señalan como usted, quizás aterrados del sentimiento de unidad. Responde el otro "*ahí vamos*". El yo está convertido en nosotros. Nos hemos hecho colectivos como los locos, y es que hay cierta locura en el desdoblamiento de uno mismo y en el fluir hacia los demás, que cada ser concibe como un propósito fácil de colmar. Ante los grandes hechos de la vida, cualquier llamada es un voy, el verbo en la soledad absoluta. En el "*ahí vamos*" nos hemos dispersado, nos hemos librado del terreno de la unidad aislante. En el nosotros damos cabida a la familia, al amigo, al jefe, al compañero, al hombre anónimo con quien nos rozamos en la calle o personalizamos la soledad y marchamos con ella. Indiscutiblemente, el pronombre "*nosotros*" es el más amplio y el que nos incluye con el resto de la humanidad. Es la integración del yo y los otros, es el todo del conjunto humano.

Esta pérdida de la individualidad, este sujeto plural, esta semejanza con el semejante,

esconden más de una idea sin pensador. "Ahí vamos" conlleva un ritmo de andanza conformista, un paso de soportamiento, una marcha al compás del movimiento lógico del mundo. Entonces la expresión toma un matiz metafórico y se siente que el hombre se mueve con la respiración natural de los movimientos normales, amanece con el día, anochece con la noche, recoge el giro del sol, avanza por las estaciones con que el tiempo pinta en la naturaleza las señales típicas de su poderío y distrae la repetición de los registros mecánicos; hasta se da el lujo de retrasarse o adelantarse. Camina el hombre con el "ahí vamos" al paso acompasado del que entró en el círculo, aprendió a beber el licor del movimiento y embriagado en el giro de lo siempre igual, continúa, continúa, continúa hasta ser ya no más cansancio. El "ahí vamos" tiene un ritmo de canción, de sonsonete, de amén. Vamos todos y al ritmo en que van todos, voy yo también; es decir soy humano y soy parte de la humanidad, algo de la actualización constante del axioma de Protágoras "el hombre es la medida de todas las cosas", que en definitiva es el reconocimiento de que nada humano me es ajeno, o la confirmación de "yo soy yo y mi circunstancia", que en el fondo más que el apoyo individual contiene la esencia masiva del individuo, el consuelo rotundo en la esfera de

la soledad, el espejo en que es hombre como idea y comparte en la abstracción el destino de los demás hombres, porque hay un principio básico de igualdad o por lo menos de semejanza.

Se tiene entonces que en el "*ahí vamos*", el hombre toma conciencia de su ser colectivo y se integra al ritmo del mundo. No se contesta al "*qué tal?*", con una duda o con una negación. La respuesta es concreta: "*ahí vamos*". No creo que un hombre cuerdo haya dicho jamás: "*ahí no vamos*", como respuesta a su situación específica de estar, o sea a la que se refiere en sí la pregunta. Tampoco creo que un hombre no cuerdo, un desequilibrado, tenga la suficiente perspicacia para decir "*ahí no vamos*", porque sería como comprender que no está integrado a la humanidad, y tanta luz es inaudita en el grado de penumbra en que esté sumergido. Igualmente no existe el "*tal vez ahí vamos*". Sí cabría en un momento especial de duda, depresión o análisis, responder "*más o menos ahí vamos*" o "*ahí vamos más o menos*". Sin embargo, estos adverbios cuantificativos se convierten en instrumentos de intensidad, para calificar siempre al hecho de ir. Con el "*más o menos*" se abre el panorama de cierto cansancio o de algún extravío o por

lo menos de un ritmo que mantiene con gran esfuerzo el vamos. En otras palabras, no se niega la andanza ni el hecho de ir, se califica el cómo se va; no hay duda ni negación. El hombre contesta afirmativamente y deja ver un poco de su esfuerzo y del esfuerzo de los demás, casi cristianamente responde, pues está reconociendo que la vida es dura pero se soporta, que el mundo es una etapa transitoria y se anda, que el día es superable pero el tiempo acaba por vencer. Vamos superando obstáculos, sobrellevando la carga, afrontando los peligros, venciendo los cansancios. Vamos.

Ritmo y conciencia hay en una expresión tan sencilla como la de "*ahí vamos*". Pero todavía hay más. Debe de observarse que no se va como un gesto trascendente, porque no se dice vamos hacia ahí, sino ahí vamos. Sin estar en un lugar determinado y trasladarse a otro, simplemente caminando, marchando, carente de metas porque en forma básica lo que se está haciendo es soportando. Entonces, *ei vamos*, un verbo tan activo como el ir, bajo este pronombre de nosotros en que nos sumergimos en el todo como un ser más, este anónimo que adoptamos para nuestros gestos comunes, lo que no exige individualización, se convierte en su presente circulante en un esta-

tismo de movimiento previsto. Conviene detenerse un poco en estos conceptos. El hombre no usa el nosotros para pedir, desear, reclamar, querer, o sea en las acciones que le son propias como individuo, y si lo llega a usar lo hace como pretexto, como fácil o disimulado escondite. No se dice —salvo en la esfera de esa masificación voluntaria en que nos hacemos familia, grupo, país, para obtener ventaja ante la verdad rotunda de la soledad—, “*nosotros queremos*”. Eso es muy vago sin el respaldo real de un grupo ante un reclamo o una acción conjunta. Frente al perfil de uno mismo, se exclama “*yo quiero*”. Por supuesto se quiere algo, el querer siempre es trascendente, indica verdadera acción, transitar de un estado a otro, por lo tanto expresa movimiento, acción verdadera, aun cuando sólo se quiera morir o estar solo, deseo este último plenamente metafórico porque la soledad es algo congénito al hombre y únicamente no se está solo cuando se ha roto la unidad de cada uno por un acto de amor verdadero, oportunidad en que se da el caso milagroso de la unidad desdoblada. En el “*ahí vamos*” no hay trascendencia, no hay meta, es el estar entero en un movimiento lento y armónico, que a su vez puede ser complejo y esforzado, pero que significa en todo caso un estatismo.

El ahí no es un lugar visible, es un sitio disperso que no está aquí ni allá, que no se desea localizar porque es evidente, es el camino común, es el círculo del que no se sale, el día infinitamente igual, la repetición de costumbres, la imagen cinematográfica de lo corriente sin novedad, sin sorpresa, el destino masificado que sintetiza una frase de la Biblia:

“y pasa la vida como un juego de palabras”.

El hombre pregunta “*qué tal?*” y el otro contesta “*ahí vamos*”. No ha dicho estoy haciendo algo, no ha contestado que planea cambiar en una dirección u otra, sólo afirma que ahí está casi estáticamente andando. Y, a dónde va? Hacia qué sitio marcha? El “*ahí vamos*” es una oración incompleta, por lo tanto trágica. El hombre en su respuesta, que es elíptica, reconoce en el silencio de su parte final que va con todos los demás hacia la muerte, que muchos podrán pensar es la puerta definitiva de la presentación ante Dios, el camino del conocimiento divino.

Nostálgica expresión, melancólico resumen, triste panorama o escondido terror de hablar de sí mismo. “*Ahí vamos*” conviviendo el momento, agarrándonos al tiempo, uniéndonos a

los demás, marchando conformes con un ritmo ya hecho, adaptando el paso en el desfile y básicamente esperando lo definitivamente destinado. Y en la expresión hay armonía humana porque se tiene conciencia del rebaño, del destino, de la libertad simulada, del camino corto o largo por el que se avanza, de la realidad presente en el tiempo.

La pregunta a hacerse es si al decir "*ahí vamos*", algo de lo permanentemente rebelde del hombre se alza en su respuesta. Podría suceder, por qué no? Bien cabe comprender que en esa expresión se afirma la existencia frente a todos los limamientos y se expresa con orgullo todavía estamos, aun no nos han vencido, *ahí vamos*, estamos dentro del círculo de la vida, somos aún pasajeros, caminantes, no nos han desplazado, permanecemos. Y esta palabra permanecer es la que más similitud tiene con el "*ahí vamos*". La rebeldía se alza bajo el tono de la resignación, porque se dice sin agonía, no hay asomo de lucha, pareciera que la consigna es estar sin crecer.

En nuestro medio el "*ahí vamos*" tiene un espíritu sumamente individual, pues el sujeto no se hace colectivo con la humanidad. Para el

costarricense la humanidad como abstracción es un concepto que le interesa en cuanto se relaciona con él. La gran mayoría ve los acontecimientos en otros países como meras referencias o noticias, que lo conmueven en el tanto que lo puedan afectar en su futuro como hombre, es decir como posibilidad de que a él o a los suyos le hubiera sucedido lo que ha pasado en otro sitio. Su humanidad, como para todos los demás hombres limitados en su visión, es la circunstancia que los liga a los suyos y los suyos son unos pocos: familiares y amigos. Tampoco se va con el país, que por lo general se vuelve un concepto abstracto y se convierte en el punto de su asiento, que afirma el localismo, el medio más próximo a las inquietudes, bien forradas de intereses y prejuicios, de egoísmos y disimulos. Y este hombre va con el país cuando su marcha se asemeja a su propia situación. Entonces, dice:

“estoy tan mal como el país” o “tan pobre como la patria” o “estoy peor que Costa Rica”.

La similitud buscada no es nunca una tendencia a la bonanza, sino al malestar. Nos hemos acostumbrado por la semejanza que hace-



mos entre país y gobierno, a afirmar casi siempre su pobreza, su limitada posibilidad, su pequeñez. Es tan aguda esta semejanza, que un gobierno enemigo o ajeno a las simpatías políticas, hace extraño e indiferente al país. El costarricense empieza a referirse a su tierra como si se alegrara de sus signos de derrota. Además, nuestra visión del país es siempre pesimista. "*Aquí no se puede hacer eso*", es un comentario muy corriente y por excelencia derrotista, es el reconocimiento y la conformidad con la limitación, es la circunstancia negativa ante cualquier intento. Antes de la acción, ya nos sentimos fracasados. Nos asustamos del esfuerzo y del ridículo porque ambos exigen superación y fuerza interior, romper la corriente y marchar contra ella.

En el "*ahí vamos*", el costarricense se esconde un poco, guarda su intimidad o se avergüenza de ella, afirma su poder de aguante, su casi resignación a las circunstancias y en mínima parte enseña su débil rebeldía al acomodarse porque sabe que espera, sueña y anhela el acomodo. La respuesta es inerte en muchas ocasiones, vacía como esas sonrisas tristes que se olvidan de pronto ante el acierto de un chiste. Y en esa frase de respuesta, si bien no hay testimonio de una meta, se evidencia el

terror a la muerte, cuyo acontecer siempre igual no evita el hondo miedo al trance.

El costarricense tiene miedo de morir y en el "ahí vamos" reconoce su tránsito mortal. Nuestro pueblo no hace bromas con el morir, no juega con los símbolos de los difuntos, respeta los cementerios, se conmueve el día de los muertos, guarda todos los ritos necrológicos con las ceremonias necesarias, comenta con horror los accidentes, se satura de medicina preventiva y se caracteriza por ser consumidor de fetiches que puedan resguardar su salud. Es más, en nuestro medio uno de los profesionales más estimados es el médico, especie de ángel de la guarda práctico contra la muerte. Al médico no se le ve como a otro profesional, se le aprecia y se le distingue, casi se le mima como a un ser extraordinario cuando sobresale en su ejercicio y se tiende a llevarlo a puestos ajenos a su capacidad.

Este miedo tan marcado en nuestro pueblo, se evidencia aun más con los comentarios morbosos sobre las enfermedades y el interés en conocer los detalles de cualquier muerte. Cuando un relator abarca el tema de una agonía o de un padecimiento largo y complicado,

los oyentes quedan embelesados y nadie se atreve a interrumpirlo, pendientes todos de los últimos detalles, del descubrimiento desenmascarado de actitudes ante la muerte. Es muy frecuente la pregunta: quiénes están enfermos. Luego, el qué tiene, de qué padece. Y en cada costarricense pareciera que hay una tendencia muy marcada a auscultar los signos de la muerte.

También es común que a la respuesta de "*ahí vamos*", se agregue una alegría sorda de conservar la vida por el simple hecho de tenerla, no tanto por el de gozarla. Se adiciona al "*ahí vamos*" un raro complemento circunstancial, que vale la pena que un estudioso profundice: "*por dicha*". Sí: "*Ahí vamos por dicha*". Es como decir en una dicha no eufórica pero sí plenamente existencial: estamos, permanecemos, todavía no nos ha llegado la hora de la muerte.

Expresiones, simples expresiones adquiridas por la costumbre, por el acomodamiento al medio, dentro de nuestra circunstancia de costarricenses, extremadamente pacíficos, tanto que hemos llegado al grado de imperturbables e indiferentes. Expresiones en que es-

condemos lo íntimo, asimilándonos a nuestro pequeño grupo, reconociéndonos pequeños, limitados, confinados a un egoísmo central, donde cualquier cosa ajena al círculo, desde el más leve cambio hasta el cambio fundamental de la muerte, asusta y preocupa hondamente.

—Qué tal? — Ahí vamos.

Queda el tema libre para que el pensador lo ahonde.

QUE LE VAMOS A HACER

*“... sólo soñaba aquellas aberturas
del cuerpo que existen para escon-
derse y consumirse en ellas”.*

(“PERSECUSION Y ASESINATO DE
JEAN-PAUL MARAT”, de Peter Weiss)

Esta frase no es ni admirativa ni interrogativa, porque no se admira una situación determinada, así como tampoco se pregunta qué es lo que se va a hacer. Lo hecho, hecho está, ha tenido un resultado terminante y frente a ese resultado se toma una actitud. "*Qué le vamos a hacer*" es una oración reflexiva y concluyente, se da por terminado un asunto y se encogen los hombros. Ha acabado una acción o ha pasado un suceso y ya no hay nada que hacer, o se cree que no se puede hacer nada. La expresión es absolutamente conformista porque en su base hay plena resignación ante lo sucedido.

Con el "*qué le vamos a hacer*", el hombre acepta el resultado y termina con esa reflexión cualquier hazaña, cualquier propósito, cualquier esperanza, cualquier acción frustra-

da. No hay nada que hacer, excepto aceptar el hecho y conformarse.

Vuelve el sujeto expresante a convertirse en colectivo, vuelve a refugiarse en el todos, como si ante la resignación dejara de ser uno para hacerse muchos. Posición idéntica a la que demuestra el decir *“mal de muchos consuelo de tontos”*. Se corre al laberinto de la abundancia en el momento en que se reparte la desgracia, porque dentro del todos los golpes son menores y el desconsuelo de otros alivia nuestra propia pena.

“Lo que a mí me sucedió no es nada, fíjese que en la casa vecina los ladrones casi se llevan a los dueños”.

El me robaron es muy sensible, el nos robaron es menos sensitivo. La unión de los sujetos alivia los males, quizás porque buscamos conciencia de solidaridad en el dolor. Eso podría llevar a la conclusión de que en la dicha nos hacemos extremadamente individualistas, y en el pesar procuramos ansiosos el apoyo. Es más, a quien sufre se le aconseja pragmáticamente la compañía de otro que sufre más o ha sufrido los mismos males. La alegría es de alguien porque a alguien le tocó la suerte de

tenerla. La tristeza también es de alguien, pero volvemos los ojos rápidamente para ver con quién la podemos compartir.

“*Qué le vamos a hacer*”, parece el comentario más fatalista que se pueda expresar en nuestra lengua. Da la impresión de que después de un encogimiento de hombros, se cruzan los brazos y el sujeto queda inmóvil, sin salida, resignado, esperando otro rumbo, otra oportunidad. Y si siempre se ha de repetir en cadena, si se va a hacer costumbre esa reflexión, nos tendríamos situados realmente dentro del grupo de los muertos en vida.

El decir no admite excepción alguna porque está poniéndole punto final a la acción. La esperanza, la posibilidad de otra cosa y la lucha han quedado sin campo, fueron evacuadas oportunamente, ya no se pueden mencionar siquiera. Porque antes de concluir con el “*qué le vamos a hacer*”, existió un proceso en que se valoraron oportunidades, se hicieron solicitudes, se pidió al santo favorito, se acudió a la influencia de los poderosos. Todo fue inútil y el “*qué le vamos a hacer*” resumió la impotencia y el fracaso de las mediaciones. La única acción que cabe es la de resignarse; es

una resignación que no tiene explicaciones, ni siquiera se comprende. Si fuera explicable, el hombre usaría directamente el yo y diría “*qué voy a hacer*”. La introducción permitiría franqueza en su actitud y con ella verdad, porque sólo el que no se miente puede saber lo que va a hacer, aunque esté decidido a no hacer nada, a poner punto final a su acción. El hombre esconde su verdad y su definición en el nosotros, vuelve a refugiar su no hacer nada en un ente colectivo. En el fondo se está mintiendo porque se está consolando, y el consuelo es tan mentira que por eso mismo no consuela. La resignación no es un remedio, ni un calmante, es el dolor pleno de una pérdida rotunda, el hecho innegable de una derrota. Además, tampoco es comprensible porque el hombre se resigna en un entendimiento común, ante su impotencia pasa a pertenecer al grupo, en una especie de disculpa que no comprende porque no está analizando, está sentimentalmente integrándose a algo más fuerte que su voluntad, el suceso ya cumplido y ante él se desarma con una frase pacífica de conformidad.

Si el hombre estuviera exclamando “*¡qué le vamos a hacer!*”, con su exclamación encerraría un grito desesperado que no es resigna-

ción ni conformidad, que es una tregua para iniciar alguna acción, para rebelarse contra lo sucedido. Tampoco el hombre está preguntando: “¿*Qué le vamos a hacer?*”, porque entonces estaría indagando, estaría revolucionando la inercia de su pensamiento, estaría escarbando la posibilidad de una solución. Y en esta frase, la importancia más señalada no la tiene sólo el gesto resignado, sino el pronombre “*le*” en que se esconde la fatalidad, el destino, el hecho irreversible. Antes de lo sucedido, el hombre comprende que hay alternativas de espacio, de tiempo, de voluntad, de acción. También existe la posibilidad de retiro. Ya presente el suceso cumplido, ante la resolución tomada, ante la participación en que se ha juzgado, el hombre no puede cambiar los acontecimientos, ha jugado y en el juego ha habido una selección. El hombre se juzga víctima del azar poderoso. Está frente a dos tipos de resignación: abandonar el objeto de su deseo y desear otra cosa o prepararse para tener más fuerza y apoyo en su anhelo. Estos dos tipos de resignación, dan a su vez dos tipos de hombre. El primer hombre es el hombre negativo, el que disculpa sus actos ante el primero, el que convierte en fracaso eterno la primera decisión, el que se envuelve en el fatalismo, el que cree en las cosas definitivamente preparadas. El segundo hombre siempre se es-

conde en la decisión, pero su escondite es provisional, se prepara para la segunda participación y su fuerza de soporte durará tanto como pueda aguantar los resultados de las decisiones a que se someta en su vida. Es un hombre optimista, un hombre libre en la atracción grave del destino, es el que espera en un momento determinado mediar su voluntad, su esfuerzo, su espíritu de lucha. Ese hombre está diciendo "*qué le vamos a hacer*" ante un instante circunstancial, mientras se recupera y recobra el aliento, como una tregua de vitalidad, está buscando el tiempo necesario para prepararse a la lucha.

Cómo descubrimos a través del "*qué le vamos a hacer*" al hombre optimista y al pesimista, al embargado como sujeto de un destino y al hacedor de sus actos en rebeldía con la conformidad? Eso depende no tanto de las cadenas de actos, del historial de las actitudes, del apoyo en los pretextos. Depende del tono y del fuego interno de cada hombre, del sentimiento innato que lo consume como fuego, como pasión de actor. El tono es el instrumento fundamental de la expresión y es tan intangible como los colores velados en la composición de una pintura.

En Costa Rica el "*qué le vamos a hacer*" es una reflexión cotidiana, es casi la oración más corriente y sutil de nuestro lenguaje. Ante el primer obstáculo, ante la primera negación, aún —y lo que es peor— ante la más tibia duda, cae como una terminación de tímidas esperanzas. La conciencia de la fatalidad priva en nuestro medio y se apoya con facilidad en la pereza de un nuevo intento. El "*qué le vamos a hacer*" es el epílogo de un pretexto bien fundamentado, el acto final de algo que se intentó y circunstancias adversas estropearon. Más todavía, es el comentario del anhelo frustrado, complacido en su frustración, porque el intento exigía esfuerzos, desvelo, lucha. Entonces cuanto más se adelanta la primera señal de imposibilidad, el hombre queda libre dentro del ritmo de la inercia. La oración es reflexiva relativamente en nuestro ambiente, porque viene a integrarse a lo casi deseado; no ha exigido lucha, no ha planteado discrepancias. Es una reflexión acomodaticia, es una nivelación hacia lo consagrado como normal. Desde este punto de vista, es también realista, porque el hombre se ha desarrollado conforme a una norma de aspiraciones consideradas y calificadas como reales. El intento fue una especie de sueño, algo que transgredía en cierta forma la realidad ya sentada como base de país pequeño, mediocre, con pocas posibilida-

des. El *“qué le vamos a hacer”* integra a esa realidad, hace olvidar un sueño, una pretensión ajena a lo normal. El costarricense se conforma y se consuela, ha vuelto a su estado original, a su no acostumbrada ambición. Por eso el *“qué le vamos a hacer”* está muy cerca del *así somos*. Y si se profundiza un poco, se puede llegar a una equivalencia, o sea *“qué le vamos a hacer”* igual a *“así somos”*, aun cuando muy cerca está la conclusión deprimente de que puede adelantarse el *“así somos”*, y el gesto perdido de voluntad del *“qué le vamos a hacer”* le sigue como conclusión reflexiva de que no vale ningún intento:

“Así somos, qué le vamos a hacer”.

Nuestro pueblo sueña poco, o casi no sueña nada. Son escasos los sueños que se realizan, menos aun los que se persiguen con esfuerzo. Se espera que las cosas caigan del cielo o que lleguen con el gesto gracioso de una herencia. Priva el criterio de las sabias soluciones del tiempo, el tiempo solo y aislado esculpiendo las condiciones, igual que el viento y el mar sobre las rocas que se oponen a su golpe. Existe también la esperanza de que sean otros los que se empeñen en determinados entusiasmos, porque —y se reconoce sin vergüenza alguna—

no tenemos carácter, el pensamiento y el esfuerzo nos asustan, nos cansan sin utilidad alguna. Es mejor dejar las cosas como están, porque *“así somos, qué le vamos a hacer”*. Heredamos a otros los problemas, pasamos a las generaciones futuras las inquietudes y nos arrinconamos en el campo inconvencible de la burla. Es mejor y más cómodo burlarse que fijarnos una meta, criticar que actuar, hablar que pensar, copiar algo si resulta bueno que haber tenido el propósito de introducirlo en nuestro medio.

El *“qué le vamos a hacer”* denuncia un estatismo más firme que el que anunciamos con el *“ahí vamos”*. El uso del mismo verbo ir, ir tan solo, andar, marchar, dentro de los propósitos singulares de cada vida, refugiados en un plural que es un práctico escondite, revela un ritmo de masas sin ideales, sin sueños, con metas en la culminación de un día tranquilo y esperanzas de otro día igual. Ni siquiera hay reconocimiento de individualidad, de egoísmo, de superación personal. Tampoco hay sensibilidad, conciencia de grupo que tienda a reconciliar propósitos y lograr una mejoría en el panorama de todos. El vamos demuestra una acción tan poco enfática, que no da una imagen de marcha, no se ve a un

grupo determinado de hombres en camino, evidencia nada más que un movimiento lento, casi imperceptivo. Muy distinto sería si se usara el verbo estamos, tanto por su significación ontológica como por la presencia determinativa que encierra en un estado transitivo.

Apiñados en torno a la ciudad, o a lo lejos con el afán de sus luces, asumiendo nuevas circunstancias, incorporados al esfuerzo convertido pronto en rutina, aceptando en gotas el progreso, deslumbrados por el signo brillante de mayor comodidad, los costarricenses se resisten a cualquier impulso de perfilarse mejor, de cambiar su acomodo frente a la incertidumbre de un ideal. Como consecuencia, cuidan los valores importados con más aprecio que los propios, niegan virtudes a lo nacional conmovidos por cualquier reflexión exterior, consagran lo llamativo y siguen superficiales las corrientes de las modas, aunque éstas impliquen sacrificios a lo poco personal que quede. "*Qué le vamos a hacer*", es una renuncia implícita a algo propio, expresa el acatamiento a la soberanía caprichosa del momento, indica un agarrarse a la actualidad por el solo hecho de ser actual, sin ninguna tendencia a profundizar y enraizarse en el país.

Alguien podría comentar que esa expresión tiene algo de religiosidad y conviene analizar hasta dónde llega ese sentimiento. Podría pensarse con cierta facilidad que con ese decir, el costarricense, en apariencia religioso, se refugia en la voluntad divina. Entonces la frase se convierte en un acatamiento a las disposiciones de Dios, en una armonía con sus designios. Hay en parte algo de esto. El costarricense cree fervientemente en la existencia de un orden superior, bajo el cual está más o menos organizado el mundo; pero, duda con frecuencia de la estructura en sí de ese orden superior, es más se rebela en el escogimiento de sus santidades predilectas. Acepta también dentro de ellas ciertas tendencias de la moda y de lo eficaz. Prefiere indiscutiblemente el lema de "*ver para creer*", que el de "*creer para ver*". El "*ver para creer*" resulta una consigna de muchas actividades de los costarricenses. Esto se hace palpable en el congestionamiento que se presenta espontáneo ante algún suceso. El costarricense no cree en los relatos, prefiere ver con sus propios ojos. El accidente callejero, el lugar del suceso, el ajetreo del escándalo político, consigue espontáneamente miles de ojos presenciales y curiosos. En cambio, ante los espectáculos indirectos, salvo que exijan la presencia como estímulo para la reacción individual, se prefiere el relato de otro, pero

más que el relato su comentario, en esta forma el costarricense evita pensar y termina por repetir la crítica, rara vez se opone a ella. Es por esto que la crítica en este país tiene la vía más fácil de comunicación.

Se dice *“yo no lo he visto o leído (según el caso), pero parece que no vale, me han dicho . . .”*

El costarricense tiende el oído en busca de unos ojos prestados en estos casos y goza con esos comentarios, pues dentro de ellos se libra de cualquier responsabilidad, sin perder el movimiento de lo que está sucediendo.

Esta inercia que va del campo del pensamiento al de la fe, se presenta como un estímulo muy fértil para la expresión del *“qué le vamos a hacer”*, que en esa forma —matizando nuestra lengua— configura una ancla leve y pesada que nos permite flotar con cierta comodidad.

Y en materia religiosa el costarricense se mantiene dentro del *“ver para creer”* como

fundamento de su fe. Por eso tiene para él mucho ascendiente el prestigio de las personas religiosas. Si bien hay cierta burla hacia el beato, se reconoce que ese calificativo es una especie de abre puertas. La vida ha enseñado al costarricense a ser práctico y no olvida esa condición de respeto y de señorío. Su localismo, sentimiento más sincero que el nacionalismo, que acaba por ser una pose, lo lleva a preferir los santos locales. A la postre resultan más eficaces y comprensivos. Se puede decir en general que sus ideas religiosas son muy simples y humanas, Dios es un personaje familiar, "el gran tata" de los campesinos o el gran "papá" en el lenguaje de los pachucos. La Santísima Trinidad está revestida de un concepto similar, pues es la representación de la familia armoniosa. La organización divina es simple y natural; lo humano está en un sitio secundario, sometido en todo al plano superior. No hay en el costarricense angustia verdadera de carácter ontológico, ni tampoco duda, menos aun irrespeto. Son conceptos hechos, aceptados supersticiosamente. Es un orden ya dado, al que se acomoda. Esta aceptación básica, firme como tal dentro del tiempo, ha ido limando el sentimiento religioso. Tenemos que el costarricense cree pero no siente, reza pero no actúa conforme a lo que maquinalmente repite. Si sucediera lo que un autor

de teatro, muy conocido y valioso en nuestro medio, ha imaginado de que Dios ha muerto, es muy posible que la reacción del costarricense fuera poner una tarjeta en los periódicos, más o menos en los siguientes términos:

“Por razones muy personales, se ruega expresar por escrito los sentimientos de condolencia al apartado . . .”

Nunca ha querido verse molestado por las cosas divinas, ni siquiera con el pensamiento. Dentro de la organización cómoda en que ha enmarcado su vida, las cuestiones religiosas son cosas de iglesias y de curas, ajenas a su circunstancia salvo que se le presente un caso en que la voluntad divina ha externado un gesto. Ante ese gesto aparece como un resorte la frase *“qué le vamos a hacer”*, y es como decir Dios así lo ha dispuesto o el santo tal así lo ha decidido, ya nada hay que hacer porque conviene supersticiosa y cómodamente convertirse en eco de lo que significa inercia, falta de superación, menor esfuerzo, tendencia acomodaticia. Está el costarricense ante un signo divino, está viendo y por eso conviene creer que hay una expresión de sabiduría.

El que quiere ver para creer confunde todas las señales, ve espectros donde hay realidades,

ve signos divinos donde hay resultados lógicos, ve conformidad donde grita la necesidad de un esfuerzo, ve consuelos y lástimas donde se exige hombría y trabajo.

La falta de preocupación por las cosas de Dios y por Dios mismo, adquiere un lenguaje resignado, consubstancial en una impotencia declarada de antemano, cuyo significado más claro está en el "*qué le vamos a hacer*".

Valgan estas reflexiones para el pensador que buscan.

A MI QUE ME IMPORTA

“Entre la mentira y la hipérbole el lenguaje se destruye”.

(“EL SEGUNDO SEXO” de Simone de Beauvoir)

Si por comodidad y por medio a la individualidad, el hombre se esconde a través de un sujeto plural, cuando ya está frente a un suceso que lo conmueve, le repercute directamente y se refiere a su vida en forma concreta, pues ha tocado en alguna forma sus propios intereses, no hay evasiva posible en cuanto a una expresión que le pertenezca, sea parte de él. Ya no es admisible evadirse detrás del nosotros. Ese escudo no se puede aceptar. El hombre responde, ya escondiéndose dentro de sí mismo, "*a mí qué me importa*" y al enfatizar dentro de esa expresión dos formas del pronombre yo, está definitivamente sumergido en su propio círculo.

Para entender que aunque solo, el hombre también se esconde en esta expresión, pongamos un ejemplo. Imaginemos que ha habido

una resolución o un juicio que afecta a un hombre determinado. El pronunciamiento hiere su propia estimación. Frente a un suceso de esta naturaleza, se realiza en la práctica un acoso. El hombre se siente sin salida, porque es dado a polemizar sobre aquellos aspectos muy generales y poco íntimos en que puede exponer sus pensamientos y reservarse dentro de las palabras. Es muy fácil hablar, pero realmente dificultoso explicar actitudes personales, justificar los propios actos, hacer comprensibles las posiciones humanas. En nuestra época ese es un trabajo de técnicos, de psiquiatras o psicólogos. La facilidad con que se presenta el axioma socrático de "*conócete a ti mismo*", es un laberinto complicado en cada ser individual. Es muy lamentable que nos perdamos la mayoría de las veces, en la práctica del intento. Este hombre acosado por un juicio ajeno a él mismo y que lo reduce a un concepto, tiene un camino fácil de salida. Entonces responde:

"a mí qué me importa".

La oración es tan negativa como insincera en la generalidad de su uso, pues quiere decir que al sujeto no le importa, le tiene sin cuidado el pronunciamiento o el juicio vertido so-

bre él. La razón busca desprender el malestar, hacerlo ajeno, suprimirlo de toda consideración y aprecio. Y cuanto más hiera, más estorbe, más duela, el hombre afirma negativamente su importancia. Busca en la insinceridad de la desvalorización, liberarse de las preocupaciones que tiene menoscabándolas. Pretende insensibilizarse ante el golpe que le ha dolido y le sigue doliendo. Por diversos caminos mentales, trata de recuperar su fuerza, pero exteriormente se defiende con una capa de indiferencia.

La primer cosa que denota esta expresión, es la de que en realidad es un grito desnudo de libertad. El hombre al exclamarla desca sentirse libre de todo juzgamiento, insensible a cualquier golpe, normalmente acomodado a su circunstancia. Algo lo ha conmovido, algo que quiere olvidar, negar, apartar del círculo de su vida. Es el sentimiento de libertad defensiva que todo ser humano alega en determinado momento para sí mismo, con la gala desnuda de su egoísmo. No quiere preocuparse, no quiere sensibilizarse, no quiere alterarse.

Deseo limpio y desnudo de libertad irresponsable, libertad que en los momentos cru-

ciales de nuestra vida exigimos porque nos estorba el comentario, la intromisión, el auscultamiento de nuestros actos, o porque nos queremos reservar en el nivel de nuestra propia seguridad, ignorando cualquier alteración. Esa libertad irresponsable es el silencio de la sensibilidad, la ignorancia de los demás, el reconocimiento genuino de nuestra esfera cerrada. El cierre de puertas a lo que no sea propio, exclusivamente personal, a las voces ajenas, a las demandas de otro, a los comentarios que afectan.

La expresión no cubre únicamente lo personal y con ello se abre otro campo al análisis. "*A mí qué me importa*", se refiere a cualquier suceso que pretenda sembrar inquietudes ajenas a los intereses particulares. Resulta que los conceptos más difundidos, de carácter cívico y social como parte sustantiva de la vida de cada individuo, con los que se ha nacido y crecido, pueden exigir un esfuerzo, una colaboración extraordinaria, una integración espontánea u obligada de un individuo. El "*a mí qué me importa*" puede ser una respuesta que lleva consigo una traición, un olvidarse de las proyecciones humanas del hombre como parte de la humanidad.

Si por una parte el hombre puede tratar de olvidar lo que se refiere a sí mismo, en su deseo de una libertad eminentemente irresponsable, no puede declararse enemigo de la sociedad a través de un rompimiento tan absoluto como es el de ni siquiera considerar importancia alguna a un hecho colectivo. Olvida que ese hecho colectivo lo afecta como ser humano y como componente de la sociedad; no puede asumir una posición ajena a lo esencialmente social en cuanto a la relación cierta que existe entre los hombres ligados por circunstancias reales a su país, a un poblado o a cualquier forma conjunta de seres. No cabe, no puede haber en nuestra época, un concepto tan irresponsable como el de *"lo que no fue en mi año no fue en mi daño"*. Pero, suponiendo que esa expresión se refiera en un tanto sustancial a la versión histórica de cada cual, es todavía menos admisible el desprendimiento que significa el *"a mí qué me importa"*. Ya no hay consideración de tiempo, ya no hay pretexto de años, ya no hay distancias que disminuyen la intensidad de los acontecimientos, estamos dentro de la actualidad, en el momento preciso en que se puede hacer algo, en la dimensión de la historia que se hace, no la que se analiza.

La libertad irresponsable ante el gesto egoísta, se convierte en libertad vacía porque la libertad como un propósito individual, como un medio de salvaguardar el derecho a vivir aislado, como un grito inconsciente de hacer lo que viene en gana, es una libertad sin contenido humano. Nada se encuentra en ella, ni un gesto amigo, ni una señal de ternura, ni una prueba de consideración humana, menos el aviso de un sentimiento hondo como el amor. Puede existir la salvación individual porque es un acto de enfrentamiento del ser ante sí mismo o ante un ente superior, y la salvación individual no puede ser nunca la insensibilización, el olvido de los demás o la inconsciencia solidaria, pues comprende una rendición de cuentas sobre el grado de humanización.

Puede existir también la independencia personal, es más debe existir si se quiere ser alguien y adquirir calidad humana. Independizarse es el hecho indispensable para iniciar la valorización de los actos ajenos y propios, para darle importancia a las cosas. El que ha conseguido la libertad a fuerza de insensibilización, es un verdadero autómeta, el moderno robot de nuestra sociedad, el capitalista del "*a mí qué me importa*" como reacción ante

el acontecer humano divorciado del sujeto, la separación rotunda del yo ante el legítimo derecho de los otros pronombres, sobre todo la ignorancia del nosotros. No se dice "a nosotros qué nos importa", salvo el caso en que un interés determinado de irresponsabilidad y de egoísmo haya unido a un grupo.

Resulta que para referirse al estado individual y a la resignación conformista, el hombre se escuda en un sujeto colectivo. Pero, para apartarse de un hecho especial, usa su propio nombre impregnado en el yo, que en todos los idiomas abarca la propiedad de seres y cosas, de estados y reacciones, de gustos y repugnancias, de rechazos y aceptaciones. El yo es el agente más poderoso del idioma, sólo igualable al sí y al no como puertas de todos los pasos.

Es al yo al que no le importa. Y la negación se expresa con la partícula "qué" en sentido de medida para indicar la mínima, la importancia valorada bajo cero, similar a los termómetros, en que el cero empieza a tener un valor más negativo y se inicia la medida de la negación. La exclamación del "qué" equivale a la palabrota que se omite o que se sustituye

en aras de la buena educación. El sinónimo en este caso no oculta sino que enfatiza, destaca que no hay importancia, no la puede haber porque al sujeto no le importa. Desde ese punto de vista es una negación de la realidad, pues se está ante un hecho que no se valora, no se le atribuye importancia, casi no existe para el individuo. Es la expresión corriente del conocimiento subjetivo, es el soy dentro de lo que quiero que sea. Alguien podría opinar que el “*qué*” es interrogativo sin respuesta, pues va implícita en la frase. No se debe perder tiempo en tal disgresión, en el fondo es lo mismo, la única diferencia es que el camino de la interrogación es más largo para llegar al mismo resultado.

El “*A mí qué me importa*” enseña indiferencia, insensibilidad, inconsciencia, deshumanización, irrealidad caprichosa, mentira, irresponsabilidad, consuelo cobarde, carencia absoluta de valor y de independencia. Nadie logra ser independiente por la puerta del escape, nadie llega a independizarse con los ojos y los oídos cerrados. Ser independiente exige lucha, enfrentamiento valiente con los problemas, victorias sobre el egoísmo e integración verdadera con el reconocimiento humano. La indiferencia es un peligroso camino hacia la esclavitud.

vitudo, es la dependencia del a mí sí me importa la pequeñez, la concepción del ser como pasajero agarrado a lo mezquino, la glotonería en el reparto de la usura social. La irrealidad caprichosa se demuestra en el deseo iluso de pretender únicamente lo aceptable desde el punto de vista de la comodidad de cada quien. Es el rechazo de lo incómodo, ya sea revestido en forma de pregunta, de inquietud, de pensamiento hondo, de preocupación social o personal, de conmoción íntima o de conciencia de altura. El hombre se miente a sí mismo con la expresión de *“a mí qué me importa”* y la mentira puede llegar a ser tan vital como la irresponsabilidad en que se ha sumido. La irresponsabilidad en nuestra época es una de las tantas drogas con que al negar nuestra realidad, también nos negamos a nosotros mismos. Se presenta como un epílogo el consuelo cobarde de la importancia, que significa la carencia absoluta del valor necesario para vivir como ser humano capaz de ser en la fuerte vibración de la humanidad.

En nuestro país, el *“a mí qué me importa”* refleja visiblemente el individualismo anárquico del costarricense. Individualismo porque tiene un profundo sentido de su conveniencia, no porque aspire a tener calidad de individuo

y como tal necesite fortalecer su yo pensante o su yo persona. Está atento a sus intereses personales, a la comodidad estable de sus aspiraciones: un buen empleo, salud, abundancia de dinero, seguridad personal y familiar, libertad de movimiento sin responsabilidad y respeto a sus deseos de propiedad. Este es el fiel retrato del individualismo burgués. Carece el país de personalidades individualistas, casi se podría decir de individuos. Nuestros políticos buscan ser la balanza exacta del costarricense mediocre, al que los hombres inteligentes y aventureros asustan, hasta los que piensan mucho resultan incómodos. Sobresalen en las campañas como perfectos representantes del individualismo masificado, son promesas de respeto a la indolencia frente a la superación, al ocultamiento de los problemas difíciles, a la reverencia a una tradición que se ha ido lavando y ha progresado en la pérdida de su verdadero sentido, de su idealismo original. Este individualismo es anárquico porque está configurado en cada costarricense, es una condición de su cerebro, no coincide en cuanto a valores en dos personas, no puede sumarse ni generalizarse, salvo en su común denominador: la tendencia a lo inerte antes de sacrificar un solo movimiento por el bien común o sea la preferencia a no actuar si en ello hay un mínimo peligro a la comodidad estable de cada uno.

El análisis de lo anterior nos puede llevar a una verdad en parte muy dura, y es la de que el costarricense no es individualista sino esencialmente egoísta. Nacido en un ambiente con apariencia de medio fácil, y en el fondo tremendamente hostil para formar con la austeridad necesaria a un verdadero individuo, el costarricense se pierde alegremente frente a las posibilidades que tiene de realizarse. En vez de pensar por sí mismo, copia; en vez de creer, miente y exige fe para sus mentiras; en vez de ser, imita; en vez de crecer, sigue; en vez de opinar, repite; en vez de valorar, exclama "*a mí qué me importa*". El individualista es un ser que ha medido su propia importancia, por eso es individuo, tiene conciencia de su misión como ser humano y está influido por la responsabilidad de su trascendencia. El egoísta es un tipo inmanente a él mismo, pegado al valor rastrero de su alcance sólo puede dar importancia a lo que es significativo a su propia comodidad. Lo demás pertenece a lo de su no incumbencia. Es hasta el límite en que se empieza a incomodar.

Este negar importancia, este rodearse de un mundo ignorado, de otro ser sin derecho, este envolverse en la niebla para contar con la luz propia del capricho egoísta, enseña un

sueño del costarricense: la libertad ilimitada en cuanto a cada quien y limitada para los demás, otorgada como una graciosa concesión a los otros mientras no molesten y sigan agradeciendo la dádiva. El sueño de libertad del costarricense es un sueño egoísta y es la señal del miedo profundo a vivir responsablemente.

Dentro de este sueño, también esconde nuestro pueblo el miedo de encontrar su realidad. Prefiere repetir Costa Rica es la Suiza de Centroamérica, a darse cuenta de los problemas sociales que tiene el país. Prefiere comentar que su café es el mejor del mundo, a concebir la realidad de un monocultivo sangrado como una bolsa de agua agujereada por miles de escapes hacia una vida artificial de lujos y vanidades. Prefiere repetir que las mujeres son las más lindas del mundo, a sentir un gesto de hombría y de caballerosidad. Prefiere la permanencia de una ley ineficaz por el miedo terrible a lo nuevo en el país, quiere que su patria tenga una cara envejecida y un cuerpo achacoso porque prefiere amar al padre y negar al hijo o al nieto, su pensamiento no llega nunca al bisnieto.

El "*a mí qué me importa*", además de negar la realidad, busca esquivar el tiempo. Lo

que fue es un monumento histórico y no se revisa ni se analiza. Lo que será es una incógnita que no preocupa y sobre la que no cabe presunción alguna. Y lo que es, es en cuanto a la realidad de cada uno entre el hoy, el ayer y el mañana, algo por hacerse que no se hace, dentro del cual el tiempo es una condición que no se puede aunar si se quiere a la realidad, pero que no es completamente necesario porque hay un momento en que el tiempo se viste de voluntad y otro de fatalismo. El costarricense no vive el tiempo, tropieza con él. Lo olvida con frecuencia y cuando se lo encuentra como un valladar imposible de vencer, la mejor salida es desconocerlo, negarle su importancia, expresar el "*a mí qué me importa*".

Pero, esa expresión rebela la sensibilidad patológica del costarricense como resultado de su irrealidad circunstancial y de su egoísmo vital. El costarricense con el "*a mí qué me importa*" demuestra su contradictorio resentimiento social, pues por una parte ha tendido a olvidarse de lo que no sea su propia comodidad y por otra exige consideración, respeto, libertad, privacidad para sus actos, simpatía para sus problemas, afinidad con sus inquietudes. Sensible como todo egoísta, sensible en la

médula de sus derechos, exclama resentido y amargado la no importancia que le duele y le hiere. Su egoísmo se encuentra con los bordes de la realidad, que ha deseado ignorar y dar por no existente, entonces sólo cabe la negación aun más voluntaria, más evidente, más enfática. La negación obvia que trata de ocultar la sensibilidad resentida. El "*a mí qué me importa*" es el decir del sensible a lo propio, es el tono del hombre consumido en su propio egoísmo, al que le corresponde exhibir la valentía de rehusar las heridas. La expresión se convierte en las lágrimas que se esconden por el temor de llorar como acto libre del dolor. Falta más que nunca la palabrota y el costarricense no la omite porque sabe que la liberación plena es un incendio voluntario de palabras. La ira, el resentimiento, el amargor se queman con ellas, son combustible fácil de frases y frases.

El hombre generoso en el ejercicio egoísta, es el hombre más sensible a la contabilidad del reconocimiento. Acostumbrado a negar lo real, afirma negativamente su sensibilidad, oculta de nuevo su resentimiento por el camino fácil de expresar su carencia de valor y de importancia, no quiere que nada trascienda por su alma ya herida. Se parece al moribundo

que se niega a morir de la enfermedad de que padece y ambiciona otra, para contradecir en el último momento a la muerte. Es como decir no padezco de susceptibilidad, no estoy herido porque no quiero estarlo, por eso lo niego aun cuando sienta dolor y tenga los síntomas. La contradicción vital es el arma que aniquila al aparentemente más fuerte y equilibrado de los hombres. No es un secreto, no es un dilema existencial, es un escondite consciente que se pretende hacer inconsciente, que enferma la voluntad y acaba por aniquilar la condición sensible y humana de cada quien.

El costarricense es celoso a considerarse a sí mismo sensible, cree que con eso se debilita, pierde su hombría y se menoscaba. El "*a mí qué me importa*" viene a ser una confirmación de su virilidad. El costarricense, avergonzado de ser tímido, de sentirse inferior ante determinadas circunstancias, de expresarse insuficientemente como ser universal, abrumado por su corto panorama, en la médula hiriente de su egoísmo, confirma su hombría, su machismo, con el "*a mí qué me importa*". Necesita negar para afirmarse, se siente libre e independiente cuando niega, se ve a sí mismo más hombre cuando encierra en la nada lo que le es extraño.

Hay una honda fuerza negativa que debe dirigirse hacia propósitos humanos de superación y de altura, que exige una nueva educación, seriedad en todos los campos, verdadera responsabilidad social y un encuentro inmediato con valores e inquietudes, para conmover ese ambiente de oasis alucinado en que pasan la vida los costarricenses en espera de unas vacaciones eternas.

Confío en que el pensador a quien busca este tema, exclame con un gesto abierto a mí sí me importa.

DE POR SI . . .

"Poder sin valor y sin responsabilidad desemboca en dispersión, en pequeños dioses abismales o en el único dios de una abstracción terrena: la historia, las fuerzas ciegas, la nación escogida o la mecánica incontrolable".

(**"LA REGION MAS TRANSPARENTE"**
de Carlos Fuentes).

Esta es una frase muy semejante a la someramente analizada en los párrafos anteriores: Sin embargo, tiene una diferencia sustancial, pues no se valora la importancia desde el punto de vista del mismo sujeto, sino que es más atrevida y concluyente, deja sin valor al sujeto, al objeto o al suceso de que se trate. Más que una frase de valoración, es una expresión depreciativa. No hay ignorancia, no hay desconocimiento, no hay afirmación negativa. Existe conocimiento y mediante ese conocer se mide despectivamente. La gradiente que se suscita, eleva al juzgador y desvanece o menoscaba lo juzgado. No se produce el juzgamiento en un mismo plano, el declive siempre desfavorece. “*De por sí . . .*” es un decir concluyente porque se ha medido el valor y ese valor ha resultado mínimo, carente de importancia. El sujeto no se evade detrás del “*a mí sí me importa*”. Ha asumido la responsabili-

dad de medir y de valorar, la conclusión es simple: aquello, esto, eso, cualquiera que sea el ser o la cosa juzgada, no vale nada. Se ha juzgado, por lo tanto, el valor de alguien o de algo y ese valor ha resultado vacío de contenido, no tiene importancia. Ya no es el sujeto al que no le importa, es el hecho el que carece de importancia.

La frase es complicada y casi nunca se termina, aun cuando lleva los puntos suspensivos más elocuentes que es posible escribir, ese tipo de puntos suspensivos que expresan lo evidente, lo que no es necesario decir. No los que estimulan la imaginación, sino los que reemplazan lo obvio. Los tres puntos no omiten "*de por sí esto vale la pena*". Eso exigiría la frase completa, habría que abundar en el decir, faltaría el agregado de la apreciación que no es obvia, que casi es inesperada, requiere hacerse evidente.

La oración "*de por sí . . .*" conlleva un juicio despreciativo después del acto de conocer y juzgar. La opinión se expresa elípticamente en los puntos suspensivos. El que habla analiza la médula intrínseca de alguien o de algo. Entonces se dice "*de por sí . . .*". El "*de*"

comprende la pertenencia, a quién o a qué pertenece. El “*de*” representa en esta frase al agente del reparto, excluyendo la propiedad personal. El “*de*” no une en esta frase a alguien o algo con el sujeto hablante. Con el “*de*” se inicia la labor de juzgar, introduce el “*por sí*”. Este “*por sí*” explica el valor de lo juzgado. Los actos son por sí, así como las personas son también por sí. El “*por sí*” comprende el qué de lo juzgado, o sea el valor que tiene. La frase completa admite que eso —lo juzgado— perteneciente a otro, que quizás pudo tocar o influir al sujeto hablante, carece de valor, no tiene importancia.

El hombre juzga en circunstancias muy especiales. La promiscuidad en que vive lo pone en condiciones y frente a alternativas, en que está obligado a elegir o ser elegido. Cuando es elegido y se sostiene dentro de la elección recibida, el hombre defiende su posición argumentando a su favor. Si se trata de un premio, el hombre premiado hace más difícil la conjunción de los requisitos, para sobresalir dentro del favor recibido. Es la tendencia simple a la heroicidad, instinto aprendido a través de la historia y confirmado por el deseo de destacarse como forma de poder que se desarrolla en todo conglomerado humano, pues el hombre no se resigna a la igualdad.

Pero si hay un perdedor ante el reparto del premio, la posición es diferente. Ya no se abunda en los difíciles requisitos, ya no se destaca la condición heroica o sobresaliente, ya no se mide la perspectiva del arduo triunfo. El hombre desvaloriza la importancia del hecho, disminuye el alcance del premio, omite analizar la dificultad en sí, sólo se refiere a la relatividad del premio, menoscaba su significado y pronuncia el "*de por sí . . .*". Los puntos suspensivos resultan cómodos, aun cuando no esconden la valoración despreciativa. El hombre refleja en un gesto, en un movimiento de hombros, en una modulación de la voz o en un rasgo de la boca, su desprecio. El no vale nada o el no vale la pena, dibujados en el ademán y presentes en los tres puntos, no alcanzan la formación en palabras escritas, están dichos en otro lenguaje, el que carga con las emociones y se queda en la intención de los signos.

Qué hay en esa forma despreciativa? Qué significa esa valorización? Para contestar estas preguntas, se debe analizar primero que el "*de por sí . . .*" tiene siempre un fundamento, es un concepto o una expresión fundamentada. Detrás hay un hecho pasado, una acción terminada o tal vez un suceso que se presente ya

como un acto concreto, y ante lo sucedido se reacciona. Existe el estímulo que fundamenta la expresión. El desprecio es la consecuencia del suceso. El fundamento es la justificación del acto. No se está ante una expresión libre, surgida espontáneamente, se está ante una frase condicionada. La valoración se hace cuando el hombre se ha enfrentado a un hecho y el hecho tiene una respuesta concreta que no favorece. Por eso lo que hay básicamente en esta frase, es consuelo. El "*de por sí . . .*" es un bálsamo que cierra heridas, pero no las cura; que aplaca el dolor, pero no lo quita; y que fortalece la lástima de cada cual.

"*De por sí . . .*" es una expresión de gran fuerza original, pero sin repercusión verdadera como apoyo justificativo de cada uno. Se eleva como una cortina de humo, que se desvanece ante el primer signo de encuentro cierto con la realidad en su justo valor, cuando la realidad pesa y golpea. El consuelo es más fuerte que el de "*a mí qué me importa*", porque no es en este caso una mentira evasiva. Es el fruto de un pretexto fundamentado en la valoración del suceso. El hombre no se evade, sino que cambia las circunstancias. No se miente en cuanto a sí mismo, miente en cuanto al medio que lo rodea.

Existe la misma condición cuando el *“de por sí . . .”* justifica una acción que se va a emprender. Factores inciertos no auguran un porvenir seguro, el hombre se apresura a disculparse o sea a consolarse de antemano. Exclama:

“de por sí siempre hablan” o *“de por sí no tengo nada que perder”*.

El hombre se afirma en sus propósitos despreciando el resultado de sus acciones, no ante sí mismo, sino ante los demás. Estas expresiones dejan ver claro que el consuelo más que íntimo es exterior. La frase es demostrativa, tiende a conservar la estimación de los otros como un medio claro del alimento más inseguro: el ser a través de las apariencias. Concibe que aparentemente debe aparejar con su acto una actitud consciente de sacrificio; el hombre se atreve a desafiar un hecho determinado, como la habladuría, y lo hace con conocimiento pleno del peligro, pero antepone el desprecio para que se pueda medir su valor, está demostrando su desequilibrio íntimo en procura del apoyo externo. No ha pensado en actuar por sus propias razones, con fundamento en lo que desea, en lo que aspira a ser. Se apoya en el hecho iluso de que siempre hablan o de que no tiene nada que perder. El *“de por*

sí" no es desafío justificado en la acción misma, no es el producto de una personalidad fuerte que se expone a ser juzgada porque su contenido interno no puede medirse frente al acomodo estrecho de los otros individuos. El hombre se atreve a actuar porque no tiene nada que perder, porque ha valorado las circunstancias y dentro de ellas da lo mismo actuar o no actuar; o, porque con su acción o su no acción no puede callar los comentarios, que sabe vendrán si se queda inmóvil o toma un rumbo determinado. Por eso se adelanta a consolarse, pretexto de antemano su actitud. Es el consuelo del hombre pesimista, sumido en su propio fatalismo, seguro de que el porvenir está plagado de ajenos y propios "*de por sí . . .*"

Lo anterior demuestra que además de consuelo, la valorización despreciativa significa miedo, un profundo miedo a encontrar sin pretextos la realidad. No hay fuga más cobarde que la vía de acortar y suavizar el alcance de las circunstancias; es la renuncia a la lucha de vivir, que es fuente de goce permanente de la existencia en la dimensión de uno mismo, alimentada por la misma sustancia humana con su trágico sentido de temporalidad eterna. El desprecio forzado de las circunstancias, que es el mundo de los otros y de las cosas, es

tan perjudicial y negativo a la vida como las alucinaciones conscientes o el ilusionismo provocado a base de inadaptaciones a los golpes duros que dulcifican los espíritus.

Muchas veces el "*a mí qué me importa*" se liga al "*de por sí . . .*", para decir "*a mí qué me importa de por sí . . .*". En esta forma se une la negación absoluta de la importancia que da el sujeto al acontecimiento hasta evadirse en forma premeditada del esfuerzo de juzgar, al desprecio que tiene en sí lo juzgado. Se justifica de cierta manera el acto de evadirse, porque da cabida al que puede importar lo que de por sí carece de importancia. El actor está justificando su negatividad ante la carencia de valor de lo juzgado.

En sentido lato podría pensarse lo anterior, pero en realidad no cabe tal justificación ni tampoco hay albarda sobre aparejo. No se trata de justificar la no importancia con la misma no importancia o poca importancia. Sería como decir "*a mí qué me importa lo que no importa*", y salvo que se desee adoptar un lenguaje absurdo no habría forma de llegar lógicamente a esa expresión anudada en la negación de la importancia, pues no hay necesidad

alguna de decirla. Lo que sucede en realidad es que al sujeto quiere no importarle y como desea vehementemente evadirse en forma egoísta del hecho en sí de valorizar, agrega el "*de por sí . . .*" que viene en auxilio enfático, es el refuerzo de la nota para expresar que aun cuando le importara no vale la pena o su importancia sería en vano. Hay un crecimiento de la inercia egoísta, que en vez de justificación pretende razonar arbitrariamente la actitud evasiva. Se quiere decir que no hay preocupación pues de haber preocupación, ésta sería ineficaz, no tendría eco o de tenerlo ese eco se perdería. El énfasis viene a razonar el capricho, tal como en el lenguaje de los niños, edad en que las palabras enfatizadas encuentran razón de sonido y afirmación de deseo, entonces no se justifican, simplemente se dicen. Los niños usan un lenguaje libre y en esencia emotivo. Exclaman "*no quiero ir porque no me da la gana*". La gana es un hecho de voluntad que sólo se destroza ante el castigo o la amenaza, pero no ha logrado salir del quiero, está dentro de él, es el pie fundamental que repite los pasos y selecciona como un ágil bailarín dos posiciones. No hay albarda sobre aparejo, la posición enfática del lenguaje tiene las técnicas de la música, extiende las notas en posición repetitiva para dar carácter a la melodía. El "*a mí qué me importa de por*

sí . . .” es una expresión infantil, para confirmar el egoísmo. El hombre recurre al decir de los niños para fingir espontaneidad en la falsedad de sus afirmaciones. El lenguaje de dos hombres que pelean es el mismo de dos niños en disputa, con la variación del tono y la diferencia asomada por la red en que se van a tejer las versiones.

El “*de por sí . . .*” encierra un juicio de balance con sus resultados parciales de desprecio, y con el desprecio consuelo, y con el consuelo miedo, y con el miedo resignación y pasividad.

En Costa Rica la expresión tiene tonalidades semejantes, dentro de la música medular del evadirse despreciativamente, como si hubiera un miedo terrible de enfrentarse a los hechos y de externar las opiniones. Se reserva el costarricense, temeroso al ridículo y a desentonar en su medio; economiza sus fuerzas en espera siempre de circunstancias más favorables en que pueda resbalar alegremente; le asusta hacer nuevos caminos, más subir hacia las montañas; prefiere reírse de los que actúan porque “*de por sí nada vale la pena*”. Hay un desdén marcado al esfuerzo y al empeño de superarse,

se mira con desconfianza al que trata de crecer y con frecuencia se pretende falsear las bases del que busca afirmarse en algún campo.

Esta lástima consoladora que expresa el *“de por sí . . .”*, se marca más en el costarricense porque tiende a una amargura precoz. En nuestro medio, la gente pronto envejece y la edad se convierte en un escudo de pasividad. El *“de por sí a mis años ya no es posible el intento”*, revela el amargor de un pensado fracaso, la condición anuladora de cualquier intento. Nuestro hombre medio se tiene una profunda lástima y con ella alimenta su amargura. No ha pensado en el esfuerzo, se ha refugiado en el azar, ha puesto sus manos fuertemente en la boya del destino y se lanza así a las corrientes, esperanzado en que la deriva lleva al remanso y que el remanso le pertenece por obra y gracia del Espíritu Santo. Por eso sueña insistentemente con la suerte, cree en forma rotunda en el arbitrio de los escogidos, teje ilusiones frente a la irrealidad de esperanzas sin raíces. Es frecuente en nuestro ambiente oír a la gente apoyar sus ideales en un billete de lotería, repitiendo cada semana sus oraciones sugestivas para el apoyo de su suerte, y esa fe tan vacía se renueva cada ocho días al romper un billete y adquirir otro. Siempre el

efecto gracioso de la fortuna por el simple hecho contagiante de colgarse de las ilusiones para olvidar la realidad. Los costarricenses dan la impresión de estar suspendidos de sus aspiraciones irreales con los pies flotando en el vacío.

El tono de amargura no es muy acentuado ni tiene raíces hondas. Para adquirir el matiz de amargura profunda, el hombre habría tenido que luchar con fuerza, caer sin apoyo y conocer en toda su dimensión la vida dura. La amargura es un acto de disculpa y disimulo, que no se ahoga internamente sino que encuentra salida en pequeñas pero frecuentes demostraciones de envidia y despreocupación. No hay pasión verdadera en el costarricense, no se le quema el alma en el tormento y en la inquietud, no zozobra en las dudas y en las reflexiones, no sale a la caza de preocupaciones, no se asombra siquiera de la poesía sin palabras contenida en las cosas más triviales del tiempo y de la naturaleza, tampoco se sumerge en empresas ambiciosas. Tiene horror a lo excesivo, se aclimata pronto en el término medio y no quiere que nada lo incomode. El "*de por sí . . .*" se ensambla a su espíritu con el grato recibimiento que da la tierra a la primera lluvia tras un largo verano.

Tipifica esta expresión el sentido de despreocupada comodidad que caracteriza a nuestro país, en donde las palabras de fervor, de patriotismo, de evangelio abundan sin penetrar en las conciencias. Pueblo frío en un trópico benevolente, que arde en entusiasmos temporales, que contiene en un mismo rostro inexpresivo los visajes instantáneos de las dos caras de la risa y el llanto, y con pasar se contenta porque “*de por sí . . .*”.

Si estas reflexiones llegan a la orilla de un pensador, la misión está cumplida.

IDIAY

“Nunca se llega a la madurez sin sobresaltos”.

“Hay algo más triste que envejecer: es continuar siendo niño”.

(“FIESTAS” de Juan Goytisolo)

De esta expresión sólo cabe comentar el significado que tiene en nuestro medio, pues la ha hecho el costarricense al vivir el español como lengua adquirida a la par de una cultura y de una religión. Y quizás lo más importante de esta adquisición, sea la lengua en sí, pues ella conlleva cultura y religión. No en vano dice Bergson que:

“la tradición se apoya en el uso del lenguaje”.

Dice don Carlos Gagini que “*idiay*” con signo de interrogación, es una expresión usadísima entre nosotros en los mismos casos en que los españoles exclaman “*y bien?*”, “*y por fin?*”, “*y luego?*”, para incitar a que se concluya lo que se estaba diciendo o haciendo. Además, señala que es una pronunciación vulgar del castellano “*y de ahí?*”. Términos más o me-

nos semejantes apunta a esa expresión el profesor Arturo Agüero.

El señalamiento es parcial porque sólo en determinados momentos el "*idiay*" es la muletilla que en el diálogo se esgrime para incitar a la continuación. Y en estos casos, viene a significar básicamente "y qué?". Es más, muchas veces bajo este significado el "*Idiay*" se sustituye por el "y qué". "Y qué pasó", "y qué sigue", "y qué respondió" y el "y qué" es la pregunta concreta que trata de que se continúe o termine el relato.

Francamente, el "*idiay*" como sustituto del "y qué", sería casi inocuo en el lenguaje, vendría a representar el estímulo de la continuación en un gesto de curiosidad lógico, sería el "y" buscando la adición porque es necesaria para completar o terminar la percepción de un cuento.

La importancia del "*idiay*" va más allá y simboliza una actitud del costarricense. Es un desafío la mayoría de las veces y como desafío adquiere gran importancia en nuestro decir. No significa entonces el "y qué" como

incitación a que se concluya un relato, viene a significar una puntualización de los hechos para introducir un reclamo. “*Idiay*”, que no necesita la interrogación porque está implícita, es el sustituto de:

“qué le pasa conmigo?”, *“por qué me molesta?”*, *“qué busca?”*.

Así el costarricense, que es puntilloso y que su pacifismo acaba cuando alguien lo codea o lo molesta en alguna forma, se respinga y exclama el “*idiay*”. En esta forma está reclamando, exigiendo sus derechos, defendiendo su propio acomodo. La expresión no busca continuidad, sino aclaración, se exige el punto sobre la *i*, la evidencia para actuar. Si la respuesta que se recibe es una disculpa, el “*idiay*” fue bienvenido. Si el silencio viene o la burla o la contrarréplica agresiva, queda el campo abierto a los puños.

También es muy corriente que el costarricense con el “*idiay*”, pregunte por sus intereses, consciente de que en ciertos momentos hay reparto en la vida, ya sea de alegrías o de penas. El “*idiay*” significa entonces “*y yo qué?*”, o sea qué es para mí, cuánto se me ha destinado, qué tarea me corresponde, cómo

he sido afectado o en qué forma se ha aludido a mí. El “*idiay*” en estas frases ya no viene a ser un desafío, ya no es la actitud respingona, se convierte en la indagación de lo propio, de lo que afecta. El costarricense sin esconder sus intereses pregunta por lo suyo. Podría interpretarse esta indagación como la versión “*y de ahí qué para mí*”. Es decir, vuelve el “*idiay*” a su forma original, a aludir al ahí en la relación que tiene con el sujeto, el ahí pasa a ser la circunstancia, la cosa, la pregunta es qué es mío de ahí, el sentido de propiedad, la necesidad de tener. El ahí indaga cuál es la participación en el reparto.

Tenemos entonces que el “*idiay*” en pequeña parte es una incitación a la continuación del relato, para evidenciar la curiosidad siempre alerta del costarricense, su afición a los detalles, el deseo de acercarse al dominio del asunto a través de la versión fácil de otro, el gesto infantil de saltarse los preámbulos y llegar pronto a las conclusiones, la búsqueda del fin práctico, de los resultados. Para el costarricense no tiene importancia lo demás, no encuentra valor a los intermedios, desprecia las divagaciones, las dudas, el calvario de la debilidad, la convicción que viene del análisis, la mención de los puntos que se analizaron. El

relieve lo adquiere el resultado escueto e independiente. El "idiay" en este sentido demuestra la impaciencia por la hojarasca, por el rodeo, por el entretenimiento en las circunstancias y la demanda de la conclusión, el qué pasó en definitiva y cuáles son las consecuencias, es la interrupción nerviosa de "al grano".

Así el costarricense tiene posiciones diferentes cuando es relator y cuando es oyente. En la actitud primera se deleita en el rodeo, pesando las introducciones y los desvíos, desmenuzando los detalles, inquietando la atención del oyente, jugando con la curiosidad del interlocutor y complaciéndose en los "idiays" que va entremezclando el auditorio. Pero, en la posición de oyente la actitud es distinta, se quiere el acto final del asunto planteado sin las reverencias del intermedio, pareciera que se desea economizar el tiempo y dejar por inexistentes los preámbulos. Surge el costarricense pragmático cuando es el receptor del relato, el costarricense práctico al que interesan los hechos, el que mide la importancia a través de lo concreto, el que no se deja arrebatar por el sonido sino por el eco, el que demanda el resultado de la acción, el punto tangible, lo que se toca, se huele, se mide. El costarricense se entusiasma cuando es actor por las intencio-

nes, pero cuando es espectador sólo se conmueve por los resultados. Esta contradicción entre actor y espectador, que tan bien condensa el "idiay", en el tono adicionador del "y qué", demuestra el doble filo en la aspiración de nuestro hombre común, pues exige concreción práctica cuando recibe y espera comprensión y amplitud cuando le toca el turno de dar. Es mezquino en el juzgar y aspira generosidad cuando es juzgado, por eso es afín a gente que muestra dócilmente una aptitud especial hacia lo sugerente, cree con firmeza en la influencia, en el nombre, en lo aparente. Descansa en el menor esfuerzo de crédito porque tiende a exhibir el sacrificio hecho historia de un momento determinado de su vida, para respaldar en él su indolencia. El "yo hice" es más corriente que el "yo hago" o el "yo haré". La versión del pasado es la de un hecho práctico y seguro, la del presente es una incertidumbre que exige fe y la del futuro un sueño que obliga a soñar y amarga la sazón del momento.

Frente al dibujo utilitario del "idiay" compulsivo hacia el resultado, surge el otro como grito de desafío y muestra la disconformidad. Reacciona rápido el costarricense cuando es agredido en sus intereses o en su comodidad.

Se despierta violento y está dispuesto a pelear, pero el "idiay" es un llamado al parlamento, a la explicación. Cree el costarricense en la palabra y es fácil verlo extraviado en su propio discurso. Prefiere explicarse a ser y se ha hecho experto en materia de explicaciones. En cada costarricense vive un abogado defensor de sus derechos, de sus equivocaciones y de sus aciertos. El punto de vista de cada quien en nuestro país, se expone con brillantez y en la pasión de las palabras se desahogan los malos pensamientos, se confirman las voluntades y se figuran las batallas pacíficas de dimes y diretes. Por medio de las palabras el costarricense se pinta autorretratos graciosos, se descongiona, se hace lavados corporales y mentales. En el país tiene más importancia el decir que el hacer, el anunciar que el actuar. Como muestra de lo anterior, cabe ejemplificar que se inauguran obras sin terminar, aun sin empezar, porque es más importante el discurso, las palabras que destacan la obra que la obra en sí. En esas ocasiones, se olvidan los "idiays" del público y las palabras se valoran tan prácticas y eficaces como una realización en sí.

Y este "idiay" desafiante, con un tono encolerizado, se diluye ante la frase cortés de:

*“perdone usted”, “no fue mi intención”,
“he sentido molestarlo”, “le ruego dis-
culparme”.*

El *“idiay”* esconde gustoso, como un pe-
rrito bravucón pero poco agresivo, el rabo en-
tre las patas, y aquí no ha pasado nada. La
paz no se ha alterado, las relaciones humanas
no han sufrido, el respeto a la explicación
—aún cuando sea una mera formalidad— vence
cualquier gesto aireado, esconde adentro cual-
quier rencor, pues se han cubierto las formali-
dades y el costarricense nuevamente forma-
lista y superficial se conforta con la apariencia
de la cortesía. Pero, si el *“idiay”* no motivó la
explicación, el problema se agudiza y la vio-
lencia se convierte en una marea alta de pala-
brotas o de ademanes duros en un pleito calle-
jero, que tratan de apaciguar, con cierta com-
placencia de que se avive, los pacíficos miro-
nes.

El *“idiay”*, además del pedido de explica-
ciones, es la solicitud a que se nos reconozca
como personas, es la llamada de atención para
que no se invadan o lastimen nuestros dere-
chos. Y es que al costarricense le gusta que lo
tengan en cuenta, lo consideren, lo mencio-
nen, le otorguen los créditos que cree mere-

cer, le den su lugar, no lo olviden. En nuestro ambiente es siempre una aspiración el “*bombo*” y más de uno resuelve esa necesidad por medio de un sistema de “*autobombo*”. Nuestros don Juanes no se dedican a la conquista y colección de mujeres, sino a la recolecta de opiniones favorables a sus personalidades, a la victoria en el campo de las simpatías y al difícil arte de ser agradable a todos. Esa tendencia “*donjuanesca*” da origen al palanganco, que evade el caer mal a la gente y tiende a ganar afectos por parte de los dos bandos que se disputan un asunto. Sin pronunciarse a fondo, el consultado encuentra fundamento en las razones alegadas por uno y otro litigante y su mayor anhelo es llegar a una resolución salomónica, que además de ser sabia complazca ambos intereses.

En nuestra democracia ganan en realidad las elecciones los que se abstienen de votar, los que han cogido el camino fácil de la neutralidad. Los neutrales, los del ejército del “*ahí vamos*”, del “*qué le vamos a hacer*”, del “*a mí qué me importa*” y “*de por sí*”, afluyen con su indiferencia a dèsteñir la individualidad que aparentemente busca el costarricense y que acaba por representar un sitio cómodo en donde nada ni nadie moleste. Es una democracia de servilismo a la comodidad.

Pero, ese neutral exige el reconocimiento, la señal de su valor, la consideración de su caso, la ponderación de sus méritos, la mención de sus honores. El "idiay", ya con signos implícitos de admiración, es el aviso del peligro que corren los historiadores al omitir un nombre, es el terror que se siente en los homenajes al olvido de una persona en la placa conmemorativa, es la mención infinita de los fulanos y los zutanos en la relación de un acto, es el recuerdo impreso en el abuelo figurón, es el menú de los alegatos interminables por un reconocimiento. Se busca el distinguirse por el simple ejercicio de figurar. Los neutrales, ajenos y reservados en la hora del conflicto, procuradores del quedar bien, exigen su puesto en la historia. Mediante el "idiay", o sea "el yo qué", se aspira al aprecio, a la comprensión sincera y amplia, y es más, se busca la admiración. Si bien nada merece admirarse o asombrarse, dentro del pacifismo conformista y el alejamiento al embate público a que se tiende, el costarricense enramado y retorcido en la exportación de sus explicaciones, exige para sí la evidencia de la importancia a través del reconocimiento por parte de los otros, que espera surja tan espontáneo como la inteligencia en un rostro de rasgos griegos.

Y si el costarricense ha adoptado por hacerse una historia en forma activa, el "idiay" es más exigente, se convierte en una demanda imperiosa y el cuidado de la figuración del nombre, bien lustrado y bajo la calificación de elegantes adjetivos, sacia el deseo de trascendencia e inmortalidad que no tiene largo vuelo en él, pues confunde la aceptación simpática con el valor innato, la impresión con la esencia, la publicidad anecdótica con el merecimiento permanente. Prefiere brillar en el dicho oportunista, pero seguro y risueño, que pasar como una figura contradictoria y polémica. Tenemos una generación de aspirantes a Ricardos Jiménez, que le han buscado punta al lenguaje sin la gracia y la sabiduría popular del expresidente, y sólo han logrado maltratar nuestro idioma y herir con el choteo el crecimiento espiritual de nuestro pueblo.

El costarricense aspira que el pasaje a la historia sea un camino plácido, como si se tratara de un álbum familiar en donde quedan registrados los acontecimientos íntimos con el disimulo de una ternura alcahueta.

El "idiay", como llamada de atención hacia sí mismo, no sale del círculo egoísta y cómo-

do en que se entrapan los costarricenses en una monotonía que los va durmiendo plácidamente, siempre dentro del concepto de propiedad personal intocable, en donde no se quiere la perturbación del riesgo, menos aun la dificultad de poner en entredicho su valor y su individualidad, esta última figurada en la máscara del irresponsable desapego a lo humano. Y cuando despierta de esta modorra, con la sed del “*idiay*”, viene a exigir el tenue calmante de un aprecio con miles de figuras falsas que tienen un fatuo uso en el brillo del nombre. El “*idiay*” no busca una respuesta con verdad, sino un simple movimiento de “*sobalevas*”, bajo el efecto de creerse calificado con justicia y gozar del reconocimiento como hecho concesivo y gracioso, que es merecido por sí y ante sí. Sucede como si frente al temor del qué dirán, hubiera seguridad de que dicen bien, la opinión no es mala, por el contrario es buena, y con la creencia de esos comentarios la inquietud de inmortalidad que apasiona a los pueblos y los pone en el difícil trance de ganarla, se apaciguara con el candor del niño pobre que distrae y hasta olvida su hambre con una botella de agua. La leche, la buena leche de este país, médula necesaria para ser, tiende a disfrazarse de agua, ni siquiera de agua pura, teñida con el blancuzco engañoso del blanco.

Es así como creo que el “*idiay*” se excede del sentido consignado en los diccionarios de costarrriqueñismos, y el pensador a quien busca encontrará otras muchas profundidades y vértices al usadísimo término que salpica todas nuestras conversaciones. Se me ocurre, ya al final de este intento de ensayo, que el “*idiay*” también significa una explicación tácita de una actitud, una disculpa no evasiva sino de cierta resignación consoladora, para representar el:

“qué iba a hacer yo” o “qué quiere que haga, si no tengo capacidad, si mi suerte es mala, si . . .”

Un reconocimiento de capacidades limitadas o una aceptación al fatalismo, un rendimiento fácil con una disculpa lista a disculpar, una modalidad del:

“así somos, qué le vamos a hacer”.

FINAL

“... la gente vulgar es en todos los momentos la llave y el punto esencial en la cadena de asuntos humanos: si la suprimimos se pierde toda posibilidad de verdad”.

(“EL IDIOTA” de Fedor Dostoievski)

Conformismo hay en el "*ahí vamos*" y pretensión de ir con el ritmo del mundo, en un movimiento sin meta, que representa la mejor figura del estatismo. Y no se llega a través del sujeto plural del nosotros a la humanidad, la figura es tan dispersa como una fotografía de multitudes. El nosotros en nuestro medio es el pequeño grupo, el grupo de los míos. Cuando desaparece la relación personal y propietaria, decae el interés y los conceptos más aprendidos quedan vacíos, no hay patria ni patriotismo, no hay obligación cívica ni civismo; la relación personal y propietaria se trata de mantener como un signo de vida para narcotizar el pavor ante la muerte. Así parece el gozo de permanecer y conservarse como momias sin historia, no de existir y de ser en una dimensión humana.

Conformismo también se expresa en el "qué le vamos a hacer", abarcando la proyección de la vida en sí y sus pequeños resultados. El conformismo se agudiza hasta llegar al tono de lo fatal, pues no admite excepción, es el acto resignado en la pureza de aceptar la reducción, el campo cada vez más estrecho y la muerte por inercia encuentra las puertas abiertas a una realidad idealizada en el menor esfuerzo, en la mínima preocupación y en el máximo de comodidad. No hay oportunidad para los sueños, salvo el plácido de conservarse. No hay lugar para la inquietud, todo debe transformarse rápidamente en algo útil que dé pronto utilidades. Triste es nuestro pueblo pues llega a la muerte con sólo su miedo, sin siquiera una esperanza de inmortalidad. Vacía está su alma al espíritu religioso, vacía al sentimiento asceta o al pagano. Sin Dios, sin dioses, transformados los valores en gotas brillantes de nada a las que se aferran las manos para no caer ni en la alegría ni en el dolor, horrorizados frente al temor de un posible naufragio, nuestro pueblo flota en el no hacer, no vivir, no conmovearse, no creer. Frívolo y superficial prefiere consolarse como un niño mimado porque no tiene nada, nunca ha tenido nada, pero sigue siendo una promesa, sigue viendo un futuro que no alcanza, una edad madura que rehúsa o disfraza con gestos infantiles.

Ese panorama de conformismo estático, de resignación cómoda, de perenne estado de consuelo por falta de valores y de conciencia humana, trae consigo el individualismo anárquico que expresa el "*a mí qué me importa*". Ese individualismo que no alimenta personalidades ni seres individuales, sino que da bloques de egoísmo anárquico, unidos únicamente por los deseos iguales de una libertad irresponsable, carente de contenido, y la pretendida ignorancia de la realidad del país. Para esconderse en esta forma, nuestro pueblo tiende a menoscabar su sensibilidad, a engañarse con las apariencias y a confirmar su virilidad con la negación de sus propios valores humanos.

Qué fácil es dentro de estas condiciones el bálsamo de la propia lástima! Y para que no sea un sentimiento espontáneo, se justifica con rapidez por medio del "*de por sí...*". Nuestro pueblo llena de pretextos sus acciones, disculpa de antemano las derrotas a que no se atreve a llegar, evade el aprendizaje y el crecimiento a través del esfuerzo y del sufrir, y se queda sosteniendo en el aire su deseo de una vida fácil y dulce, que día con día se va convirtiendo en un espectro; un espectro amargo ante el cual el único recurso es mimar-

se un poco, seguir jugando a una realidad cada vez más antojadiza, disfrazar en suerte los acontecimientos, refugiarse ante lo grande en las pequeñas gradas de lo mezquino y de la envidia, envalentonarse tontamente con los "de por sí..." y quedar en la rutina de los gestos y decires como un pueblo inexpresivo.

Frente a todo esto no queda otra alternativa que el "idiay", porque si bien nuestro pueblo es conforme y se complace en el estatismo, tiene un miedo que trata de dormir y de ignorar, se establece cómodamente en un orden de no importancias y se encierra en el fatalismo despreciativo de lo irremediable, busca por todos los medios el reconocimiento aparente, el cumplir con formalidades figurativas y se embriaga en las explicaciones que le den significado. En la red de la palabra como sonido, busca la voz del nombre y la repetición constante de sus hazañas. En el nuevo perfil que trae la palabra escrita, la dimensión que ambiciona es larga y tupida, es la figuración que no requiere raíces y sí aspavientos, cristales de colores, títulos, menciones, heroicidades de papel. "Idiay" representa la capilla en que figuras, figuritas y figurones, ante el vacío de sus vidas, se embelesan en los contornos y acaban por ser adoradores de la propia

tontería. Pretenden llegar a la inmortalidad sin agonizar.

“Nosotros... los compuestos de muchas cosas diversas... nosotros toda la vida, todo el arte, todos los huérfanos y dispersos... un todo errabundo y caprichoso, pero en cierto modo unificado”.

(“DIARIOS” de Virginia Woolf)



Nuestros problemas son problemas de raíces, de saneamiento espiritual, de vigor interno, de motivación humana. Es necesario un despertar violento para cambiar rotundamente los valores que en la actualidad nos aprisionan y no nos dejan ser. Se requiere cortar la maraña que nos ha invadido, poco a poco pero constantemente. La democracia misma en Costa Rica se balancea hacia la demagogia. La religión se ha convertido en una pose fácil que no responde a actos y a sentimientos, es un título, una clave de aceptación social, un giro hacia el bien valorado como utilitario. Envuelto en la pretensión de importar, de adquirir, de comprar las cosas, nuestro pueblo hace descansar sus valores en el poder del consumo y el consumo en sí es la exhibición de bienes tangibles. Ya no hay satisfacción interna, existe lo externo que se demuestra y se evidencia escondiendo la pobreza del rincón en donde

las raíces tropiezan con un campo mezquino, en el de la propia vergüenza a reconocerse como algo que debe sustentarse lentamente antes de crecer. Nuestro pueblo se ha incorporado con rapidez, ha adquirido los hábitos sin pensar si los quiere o los necesita, ha hecho costumbre la cultura sin vivirla, se ha puesto los adornos sin preocuparse por la semilla, se ha apresurado a seleccionar lo visible sin reparar en lo medular, se ha revestido de lo mundano sin conocer las profundidades del humanismo.

Cualquier sacudida en el campo político, económico, social, cultural, educativo, religioso, humano, inquieta profundamente, pues pasada la hojarasca de lo vistoso, de lo que se exhibe, de lo que se cubre con explicaciones y pretextos, es fácil encontrar una falta completa de valores, de direcciones, de actitudes sinceras y de empeños verdaderos.

Este análisis de cinco expresiones populares tienen un fácil calificativo: el de un pesimismo acentuado. Sólo cabe preguntarse si ante el panorama real de nuestro pueblo, conviene seguir exaltando virtudes que no existen, y quizás nunca existieron por ausencia de un

contraste de razas y de una verdadera épica
ciudadana, para continuar evadiéndonos en la
gracia de las palabras, siempre bienvenidas
cuando se trata de apologías.

*Cuántos sucumben a los enigmas
por creerlos materia de sutil exa-
men, por contestar con palabras
a la obra de la palabra”.*

(“LOS REYES” de Julio Cortázar)

Cinco temas buscan a un pensador. Cinco temas desperdigados en conversaciones y en actitudes. Cinco expresiones que no deben convertirse en ruidos. Cinco incógnitas de los gestos y de las posiciones ante la vida, que se esconden entre las palabras, no se escriben sino que se dicen, afluyen del silencio a la reflexión de los tonos, que dentro de las voces van dilatando la vereda incierta hacia el conocimiento del hombre. Cinco puntos de desafío a un pensador, cinco temas que han ido complicándose y necesitan con urgencia un diagnóstico que nos alarme y el sometimiento a una terapia para sanear tanto aire nefasto empozado en nuestro ambiente.

Carmen Naranjo

11 DIC. 1981

CINCO TEMAS EN BUSCA DE UN PENSADOR, de Carmen Naranjo Coto, presentado en la Serie: *PENSAMIENTO COSTARRICENSE*, se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos de la Imprenta Nacional en el mes de enero de 1977. La Composición Tipográfica fue realizada por Meoño Hnos., S.A. Las cubiertas fueron diseñadas por Alan Castro y la edición estuvo bajo la dirección de Dennis Mesén del Departamento de Publicaciones del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.

11 DIC. 1981



CARMEN NARANJO COTO, (Cartago, Costa Rica, 1930). Estudios Primarios en la Escuela República de Perú. Secundarios en el Colegio Superior de Señoritas. Estudios Superiores en la Universidad de Costa Rica, Universidad Nacional Autónoma de México y en School of Letters of The University of Iowa. (U.S.A.). Ha desempeñado importantes cargos: Asistente de la Gerencia del Instituto de Electricidad, Secretaria General y Sub-Gerente Administrativa de la Caja del Seguro Social. Embajadora Plenipotenciaria de Costa Rica ante el Estado de Israel. Ministra de Cultura, Juventud y Deportes. Presidenta del Consejo Nacional de Educación Física y Deportes. Miembro Director de la Junta Directiva de la Editorial Costa Rica en diferentes oportunidades. Experta de las Naciones Unidas y de la Organización de Estados Americanos. En la actualidad es funcionaria en el Instituto Centroamericano de Administración Pública, (ICAP). Presidenta de la Asociación de Autores de Obras Literarias y Científicas de Costa Rica.

Ha publicado: "Canción de la ternura", (1964), "Hacia tu isla", (1965), "Los perros no ladraron", (1966), "Misa a oscuras", (1967), "Camino al medio día", (1968), "Memorias de un hombre palabra", (1968), "Los girasoles perdidos", (1968), "Responso para el niño Juan Manuel", (1971), "Idioma del invierno", (1972), "Hoy es un largo día", (1974), "Diario de una multitud", (1974), "Por las páginas de la Biblia y los caminos de Israel", (1976), conserva inédito "Mi guerrilla", (1977).

CINCO TEMAS EN BUSCA DE UN PENSADOR es una obra introvertida y polémica de la escritora CARMEN NARANJO, quien con una fina intuición y delicada fisga, incursiona valientemente en el UNIVERSO DEL HOMBRE COSTARRICENSE, englobándolo y descifrando diferentes facetas dentro del contexto de cinco cotidianas y características frases, con las que define —en cierta forma— sus normas de conducta y el nacimiento y desarrollo de su idiosincrasia a lo largo de su historia.

Dennis Mesén



MINISTERIO
DE CULTURA,
JUVENTUD
Y DEPORTES

SERIE
PENSAMIENTO
COSTARRICENSE
No. 1